

M I S C E L Á N E A

Tres almas y una misma voz

EMILIO GARCÍA MONTIEL

Si mi nombre fuera incondicional dentro de la literatura, me bastarían un par de líneas para concluir lo que se dirá en estas páginas: que tanto el libro *Moneda de tres caras*, como su autor, Francisco Hernández, alcanzan, sin duda alguna, el calificativo de excelente. Pero la incondicionalidad, aparte del talento, depende de circunstancias tan volubles como el espacio, el tiempo, el gusto o la historia. No sé si Francisco Hernández posee semejante incondicionalidad —que debiera— dentro de la poesía mexicana o hispana; pero sí sé que muchas cosas retornan para enfrentarnos a ese lugar común —y cierto y no siempre malvado— que es “la ironía de la vida”. En 1989, Francisco Hernández, al dedicarme su poemario *Mar de fondo*, escribió: “los premios son como los fantasmas: nadie cree en ellos”. Tal vez, como suele sucedernos, Francisco no recuerde las dedicatorias, ni se recuerde como uno de los jurados que me otorgó el Premio Plural de poesía 1988. Tal vez sí. Pero salvo aquel brevísimo encuentro —y más bien por mi abulia o mi epistolofobia— no han existido más palabras. Ahora, que reseño su *Moneda de tres caras* —premio Xavier Villaurrutia 1994—, es mi turno de advertir, no a Francisco sino a los lectores, que existe un escritor con un premio importante que es también un escritor importante.

Acaso la primera virtud que se comprende en *Moneda de tres caras* es que puede ser tratado como un libro no circunscrito a la costumbre de los textos poéticos. No me refiero a que Francisco Hernández convierta la estructura de la poesía en un ambiente de experimentación —más bien todo lo contrario, su poesía comporta un eficaz aliento “clásico”— sino a que el libro revela, en primer lugar, una original idea de conjunto y no una sumatoria de poemas escritos según las emociones cotidianas: la lectura puede asumirse, con facilidad, del mismo modo

con el que asumiríamos la lectura de tres relatos. En segundo lugar, los motivos sobre los cuales se sostiene el propio tema del libro —y de hecho, es raro hablar de un libro de poesía con “tema”, si entendemos por “tema” un desarrollo coherente y no una suerte de variaciones— resultan una desviación, o una extensión, de los motivos poéticos comunes. Uno de los signos radica en el propio título: “Moneda de tres caras” no aparece como un verso sonoro o —según es norma— como el título del mejor poema del libro; es, sencillamente, una constancia de su contenido, como puede serlo el de cualquier obra no poética. Las tres caras son las almas de tres artistas: Robert Schumann, Friedrich Hölderlin y Georg Trakl; y la moneda es la locura. Si dentro de las alusiones poéticas nos habíamos acostumbrado a la evocación de la excelcitud creativa de otros artistas o a la dignificación de su sufrimiento, aquí asistimos, más que a la sublimación de un espíritu, a la búsqueda de su realidad, o a la de la fantasía que ocupaba esa realidad. Esta búsqueda, por tanto, no se agota en un poema o en un verso definitorio, es más bien un recuento que permite al lector *completar* esencias.

Todo ello hace que *Moneda de tres caras* tienda a ocupar un espacio ambiguo: si bien poético, por su estructura y su imaginación, también biográfico, por cuanto configura con severidad el ánimo de sus personajes; esto, si consideramos lo biográfico algo más que un arcaico rosario de anécdotas. Las notas que preceden, o que suceden, a cada una de las tres secciones, suponen una concepción diferente de lo que debe ser un poemario; de hecho, amplían esta concepción habitual para disponerla en un campo, al menos dentro de la poesía, muy poco utilizado: la presentación de la literatura como algo más que una clasificación genérica. La adopción de esta posibilidad desde una perspectiva que evade lo apócrifo, en tanto *divertimento*, también lo

distancia de trabajos de intertextualidad semejantes, como la *Imitación de la vida* del cubano Luis Rogelio Noguera. Noguera busca lo lúdico mediante la presentación de poemas de autores que supuestamente existieron, y explica, igualmente, las supuestas circunstancias biográficas o del texto. Hernández, por el contrario, alcanza la sensación de la verosimilitud a través de la recreación de motivos que se sostienen dentro de las circunstancias reales; sobre todo en “Habla Scardanelli” y en “Cuaderno de Borneo”.

En *Moneda de tres caras*, este juego con la verosimilitud aparece *in crescendo*. “De cómo Robert Schumann fue vencido por los demonios” —sección primera del libro, y ya publicada en *En las pupilas del que regresa*—, se presenta aun como la experiencia de una voz lírica, que suponemos cercana al autor, en relación con la música de Schumann. De aquí que esta voz lírica procure establecer un diálogo con el compositor, y que los poemas estén previstos a partir de la segunda persona; los textos procuran, además, compendiar la vida del artista. “De cómo Robert Schumann...” es suficiente para que Francisco Hernández demuestre su habilidad poética y la habilidad que ejemplificará en el resto del libro. Escribir varios poemas sobre un tema único, evadir la concentración que supondría un solo poema, sin repetirse, implica una tarea que pocas veces alcanza un clímax satisfactorio. Francisco Hernández ha sorteado estos peligros. Cada poema obedece a un motivo específico, y en muchos casos, ha sido elaborado de manera diferente. Esta diferencia es la que permite apreciar la capacidad del autor para utilizar imágenes y metáforas *con sentido en cuanto a la tensión del poema mismo*, y no como meros artificios de impacto. (Léase, para ello, los poemas III y IV.) Permite, también, descubrir su facilidad para el poema narrativo. Acaso ésta sea una de las mayores virtudes de Francisco Hernández: poder hablar con naturalidad sin los excesos del coloquialismo, poder *contar* una historia con lirismo y sencillez. El poema XIV, uno de los mejores de todo el libro, se sitúa bajo esta tónica. Por otro lado, varios de los textos compulsan la virtud casi perdida de la musicalidad y de la lectura en voz alta; ello señala, ante todo, una preocupación —bien resuelta— por el manejo rítmico. Algunos de estos poemas, como el VI o el XIII, nos acercan, incluso, a un aire *cantabile*. Algo similar sucede con los pares de versos que aparecen bajo los nú-

meros IX, X, XV, XXII, XXV y XXX, que sirven, además, como indicadores para ciertos momentos claves, y que al unirlos, conforman una especie de poema-resumen.

En "Habla Scardanelli" —segunda sección del libro— hay dos sustituciones importantes: ya no se intenta resumir una vida sino concentrarse en un episodio; la voz lírica, por su parte, es la del propio Hölderlin, o más bien, tal como señala el autor, "de ese otro hombre [Scardanelli] que el autor de *Hiperión* se creía". Francisco Hernández extiende su fantasía sobre otra fantasía; y el tema de la locura se manifiesta, entonces, de un modo más incisivo que en la sección anterior. Pero aquí no habla sólo Hölderlin sino también su amante, cuya muerte fuera causa de su locura, y a quien él llamaba la Griega. Son dos discursos en monólogo que logran conformar un muy profundo diálogo de amor. Y éste es otro tema capital, y paralelo, dentro del libro: el amor como aliciente a la locura: Schumann y Clara, Hölderlin y la Griega, Trakl y su hermana Grete. Con los textos de "Habla Scardanelli" se explicitan aún más las cualidades rítmicas de la poesía de Francisco Hernández, así como su control sobre las imágenes y las metáforas. Aparece, con igual dominio, la

prosa poética. Uno de los poemas titulados "Canta Scardanelli" —el que comienza con la altura del verso "Mirar estatuas dignifica"— es, francamente, un poema mayor.

Concebido en forma de diario, "Cuaderno de Borneo" deviene *tour de force* para todo lo dicho hasta ahora. Aquí, Francisco Hernández logra distanciarse de modo tan perfecto, que a la mitad de la lectura lo más natural es que escuchemos únicamente la voz de Georg Trakl. A mi juicio, ésta es una virtud de narrador: Francisco Hernández es capaz de sostener, a través de noventa páginas —que en poesía resultan, la mayoría de las veces, un exceso—, una tensión semejante a la de cualquier buen relato de aventuras. La aparente "incoherencia" de las anotaciones poseen un trasfondo propicio en el alcohol, la cocaína y en la idea de Borneo como lugar exótico: lo impecable de esta ambientación y de la decantación poética de la naturaleza —que llega a funcionar casi como otro personaje— es lo que proporciona el grado de exquisitez de los poemas. En "Cuaderno de Borneo" se expone, mejor que en las secciones anteriores, un tercer tema clave: la soledad. Los tormentos de la locura alcanzan aquí su punto culminante: están dispuestos no sólo según el amor sino se-

gún todos los sufrimientos a los que se puede acercar un hombre. Aclarar, al final de la sección, que George Trakl nunca fue a Borneo es tal vez la única broma que se permite el autor. Pero más que broma, ello confirma esa peculiar extensión del género poético hacia la que apunta *Moneda de tres caras*.

No sé, repito, si la poesía de Francisco Hernández ocupa —a pesar del Premio Xavier Villaurrutia— un lugar privilegiado dentro de la poesía mexicana, o si es visto como un poeta que pertenece a tal o cual grupo. A mí me basta el presente libro —que destaca sobradamente lo ya advertido en cuadernos anteriores— para justificarlo como un autor de primer nivel en la poesía latinoamericana. Ha demostrado, ante todo, inteligencia y, más que dominio de su oficio, talento para manejar poéticamente esa inteligencia, y para atender a la poesía y no a otra cosa. Si estoy equivocado, quiere decir que existen demasiados poetas como él, o mejores que él. No lo creo. ♦

Francisco Hernández: *Moneda de tres caras*, Ediciones del Equilibrista, México, 1994. 175 pp.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 293 MAYO DE 1995

Homenaje a José Martí

GABRIELA MISTRAL ♦ MARÍA ZAMBRANO ♦ CALVERT CASEY

RAFAEL ROJAS ♦ EMILIO GARCÍA MONTIEL ♦ MINERVA MARGARITA VILLARREAL

JOSÉ LEZAMA: *Otros románticos* ♦ ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO: *Casal*

ANTONIO BENÍTEZ ROJO: *Del apocalipsis al caos* ♦ SERGE I. ZAITSEFF: *Tablada y Estrada*

DAMIÁN BAYÓN

In memoriam

POEMAS DE MANUEL ANDRADE, JOSÉ JAVIER VILLARREAL Y JAMES MERRILL

Número 293 Mayo de 1995

